



NÚRIA SEGARRA

ALGUNAS  
PRINCESAS  
SON DE  
PLOMO

CROSS  
BOOKS

# ALGUNAS PRINCESAS SON DE PLOMO

Núria Segarra Rodríguez



Crossbooks  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Núria Segarra, 2016  
© Editorial Planeta S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: marzo de 2017  
ISBN: 978-84-08-16734-1  
Depósito legal: B. 2.636-2017  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## Mi último PET, primera parte

7 de septiembre de 2014

Las desgracias no suelen llegar cuando llueve y todo es gris. Prefieren presentarse de incógnito, acompañadas por el sol más brillante y el cielo más azul. ¿No es normal que a los demonios les guste aparecer con la claridad y el calor? Al fin y al cabo, en el infierno se está a más de cuarenta grados y hay unas calderas. O al menos eso dicen las personas que lo han visitado. Me hubiera gustado no ser una de ellas, pero supongo que esas cosas no se escogen. Pasan y punto. Pero ¿por qué a mí?

¿Por qué yo y no los estafadores, los asesinos, los violadores, los ejecutivos de Wall Street o los políticos corruptos? ¿Por qué yo y no un hombre de ochenta años? ¡Que ya ha vivido ochenta años, hostia!

Tengo cáncer y soy joven.

También tengo muchos otros problemas.

Pero el peor es que tengo cáncer. Y demasiada juventud.

Y todo lo que me está pasando es porque soy una prin-

cesa. Sin título nobiliario, pero princesa al fin y al cabo. Soy débil, enclenque. Lo que nunca habría querido ser. Pero ¿alguien es realmente quien querría ser?

Si hace un año una de esas adivinas que te leen la mano me hubiese predicho que un día estaría aquí, haciendo teología, encerrada detrás de una puerta metálica con el cartel de radiactividad colgado, me habría reído a carcajadas. Dios y yo hemos tenido desde siempre una relación... complicada. La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida. Ocho meses de tortura medieval me han llevado hasta aquí. He llegado a la conclusión de que estar en tratamiento es como hacer cola para subir a la montaña rusa estrella de un parque de atracciones. Te pones detrás de unos turistas alemanes y avanzas poco a poco, a ciegas, siguiendo como una ovejita un camino trazado por unas barras verdes. Nunca ves el objeto de tu deseo pero sabes que está allí, al final. Lo percibes porque oyes los gritos de alegría y el sonido de las carretas al coger las curvas. Son unos gritos que quieres gritar, unas curvas que cogerías con los ojos cerrados. Para eso aguantas lo que haga falta y como haga falta.

Pero no, hoy no me toca quimio.

Hoy espero mi PET, mi último PET.

Hoy espero oír el eco metálico que hacen las ruedas al girar y, si no es mucho pedir, algún gritito de alegría.

—Cinco minutos más y te ponemos el contraste, ¡princesita!

La vida pasa en cinco minutos y la mujer que me quiere contrastar es Ángeles, la enfermera, un ser que ha vivido siempre bajo tierra. Es el conejo de *Alicia en el País de las Maravillas*. Es el cerebro controlador malvado de *Las tortugas*

*ninja*. Es el hada gorda de *La cenicienta*. Es la reina del monstruo: yo la he bautizado como «la reina PET».

PET... En ocasiones a las cosas más importantes se les ponen los nombres más feos. PET suena a siglas de protectora de animales que en realidad es una tapadera de negocios sucios. También a petardo de Valencia, o a grupo de rock.

Pero es el nombre poco serio de una máquina que se dedica a detectar tumores. En realidad, los físicos anglosajones (creo) que la inventaron la llamaron: Positron Emission Tomography. Demasiado largo y difícil, quizá. Y no tan terrible como TAC (tac tac, ¿quién es?) o UE (por mis huevos...).

En fin, dejando a un lado la nomenclatura, lo relevante es que estas mentes científicas brillantes crearon un artefacto sencillamente complejo. Sencillo porque funciona con azúcar, como el que nos ponemos en el yogur natural. Complejo porque te lo inyectan en las venas y provoca que las células cancerígenas, al emborracharse de dulzura, entren en una especie de coma etílico que las convierte en pequeñas luces fosforescentes fáciles de fotografiar. Por este motivo, la máquina es actualmente la herramienta más importante para el diagnóstico y seguimiento de la mayoría de cánceres. Es lenta, pese a todo: el azúcar tarda entre dos y tres horas en hacer efecto. Dentro del reactor, en cambio, solo estarás entre cinco y diez minutos. En total, vas a perder más de tres horas de vida detrás del cartel de radiactividad. Y no te las devuelven luego en recepción, con la tarjeta sanitaria.

Es la tercera vez que me hacen entrar allí. Y espero que sea la última. Estoy de los nervios. Por fin sabré si tanto sufrimiento está valiendo la pena. La camilla es dura y me

raspa la espalda. El olor a examen me da ganas de vomitar. Como no hay ventanas sigo mirando al techo. El hombre de la habitación de al lado estornuda. Lo oigo mover los pies, aburrido. Todo está sellado a tanta presión que me siento un ratón encerrado en una caja de zapatos. En fin, chica afortunada, tómatelo con calma, que cinco más cinco más cinco suman muchas horas.

Ángeles vuelve a aparecer cargada con un nórdico blanco que ha conocido muchas otras princesas antes que yo. También acarrea todo el equipo para pincharme. Cierro los ojos. Otra vía no, por Dios.

—¿No me lo pones por el PIC? —pido con ojos de gatito.

—No, bonita, aquí, por PROTOCOLO, no manipulamos las vías fijas de larga duración.

Odio, odio los protocolos. Pero pensaré en ello en otro momento.

—Porfi, Ángeles, mírame el brazo. Déjame ser feliz ahora que llevo la cañería inmóvil y que he olvidado los veinticuatro pinchazos anteriores.

—No puede ser, bonita.

—Porfis, porfis... Mira, es que tengo una duda existencial: ya no sé si el contraste me entrará. —Me ignora, pero no me rindo—. Te lo digo seriamente. Me sorprende que aún tenga sangre en las venas, mira las señales... —Le enseño el brazo. Pero ella arruga la frente y se coloca bien un tirabuzón blanco.

—Sí, nena, pareces Jesucristo —me contesta riéndose.

—Soy como Jesucristo. Ya no tengo sangre en las venas. Ahora tengo... no sé como describirlo..., ambrosía, como los dioses antiguos.

—Ambrosía es lo que comían preciosa. Cómo se nota que eres de la generación de la ESO. Tu problema no es el icor, la sangre de los dioses, tu problema es que tienes la sangre azul, por eso eres tan difícil de pinchar; eres una princesa, después de todo.

—Por favor, otra vía no, te lo pido... —Le he tocado la fibra. Ella vuelve el rostro.

—Me sabe muy mal, pero no te lo puedo ahorrar —me dice con voz melosa—. Mira, tú concéntrate y, mientras te pincho con la aguja, piensas en otra cosa, en algo alegre, brillante... ya sé, en cosas del color de tu sangre, como en... chicos. En príncipes azules.

—¿Quieres que sueñe despierta?

—Sí.

—¿Como la Bella Durmiente?

—Exactamente. Pero creo que esa lo hacía dormida. —Me coge el brazo y me pone una goma para cortar la circulación—. No sentirás nada y las dos horas se te pasarán volando. Te lo juro. —Se dispone a ponerme la vía, pero yo la paro levantando los dedos de la otra mano.

—Quiero que sepas algo antes de empezar. —Desvío la mirada hacia el suero colgado de unos hierros abiertos como flores—: No me gustan los príncipes azules.

—¿Ah, no? ¿Y de qué color te gustan, si se puede saber?

Mientras habla la aguja me atraviesa la piel y encuentra la vena. Pero yo ya no siento nada. Todo tiembla. Ángeles desaparece. Los hierros como flores desaparecen. La camilla desaparece. Ahora todo es humo, humo y dos ojos fijados solo en mí.

—Verdes.



**10 de julio de 2010**

Lo vi por primera vez un verano, mientras charlaba con un amigo común, apoyado en la barra de un bar de copas. Yo lo estudiaba de reojo a través del pelo rubio de Lat, mi mejor amiga. Él iba hecho un pincel: tejanos, camiseta básica de manga corta y unas deportivas Lacoste tan blancas y relucientes que deslumbraban.

A mí, esa noche me apetecía ser un poco *hippy-chic* y me había puesto una falda anaranjada, larga hasta los pies, una camiseta blanca y un collar de bolitas azules que trataban de imitar el coral marino. Bueno, y ya sé que no es políticamente correcto decir esto de uno mismo, pero con los cabellos castaños al viento y reseco de la playa parecía una sirena. O eso creía yo cuando, surgida de la nada, sentí a mi lado una cálida presencia que me susurró a grito pelado al oído:

—Tú eres la princesa.

Mierda, si es que ya me lo decía mi madre: «es que,

niña, no sabes concentrarte y por eso siempre me suspendes las matemáticas». Me quedé quieta, no me atrevía a volver el rostro y encontrármelo de frente.

No sabía cómo ni cuándo había conseguido acercarse a mí. Sentía su nariz potente contra mi mejilla y su voz a la italiana rebotar contra mi cerebro. Tenía que agacharse un poco para hablarme, por la diferencia de estatura y para poder comunicarse a pesar de aquella música terrorífica. Su barba de un par de días me rascaba. No había podido verle bien la cara cuando lo espiaba medio escondida. Tampoco se la podía ver ahora desde esa extraña posición.

Solo podía respirarlo. Su olor era fuerte. Estridente. Y muy sexy.

Y por lo visto, Peter (de nombre real Pedrito), lo había informado bien. Mi fama me precedía. En los pueblos, cuando te ponen un apodo, es imposible quitártelo de encima.

—Tú eres el Tupés, el amigo de Peter. —Yo también había hecho los deberes.

—Lo era, a los dieciséis años, cuando tenía más pelo. Pero supongo que en los pueblos, cuando te ponen un apodo, es imposible quitártelo de encima. —Me reí. Me lo imaginé a los dieciséis, lleno de granos, con aparato de ortodoncia y pelos medio tiesos como el vampiro de *Crepúsculo*. Qué contraste. Ahora tenía el pelo castaño claro, cortito, y la frente coronada de pequeños espacios abiertos que amenazaban con convertirse en entradas a los pocos años.

—A mí no me gustan las princesas —me avancé yo, tratando de evitar que me considerase una cursi.

—¿Y por qué no? Todos los príncipes buscan a la suya. —Eso era bueno saberlo.

—Tampoco me gustan los príncipes.

—Pues mala suerte.

Dio un paso atrás y me miró por primera vez a los ojos. Y pensar que con tanta observación de incógnito no los había ni notado... ¡Qué ojos!

Al menos tres tonalidades verdosas diferentes se peleaban por ocupar la mayor parte de sus iris. Los azules, uno claro y otro más oscuro, quedaban relegados a segunda fila. Una línea gris, dos pequeñas motas amarillas y una marrón acababan de redondear el efecto. Era una mirada verde, quebradiza. Daliniana. Como la del poema de Lorca.

El mundo dejó de girar por unos instantes y yo me sumergí en el interior de sus córneas, nadando mar adentro por el agua de la Costa Brava, hasta que me di de bruces contra las rocas. No me salían las palabras.

—¿Por qué? —fue lo único que pude balbucear.

—Porque acabas de conocer a tu príncipe azul —respondió el chico, humilde.

A mí, él me parecía muchas cosas, pero azul, lo que se dice azul, pues no. Y se lo dije:

—No me pareces del todo azul.

—¿Y de qué color te parezco? —No le gustaba mucho que le llevaran la contraria.

—Verde.

—Verde. —Parpadeó, como si le costase entender el concepto—. Verde. Así que, según tú, soy un príncipe... ¿verde? —Parecía confundido. Alzó una ceja cínica.

—Sí. —Yo seguía en mis trece.

Se quedó unos segundos pensativo y después me preguntó, como estresado:

—¿Lo de verde... va con segundas...?

A veces se me olvidaba que era rara y que la mayoría de la gente no hablaba mi idioma idiota. Me había quedado muda y huí corriendo, esquivando borrachos y gente que bailaba. Necesitaba salir fuera. Necesitaba coger aire.

7 de septiembre de 2014

Necesito ir al baño.

—¡Ángeles! —grito con voz aguda.

Han pasado tres horas en un instante.

Ella se me acerca risueña y desenfocada y me empieza a manipular de nuevo el brazo mientras comenta que cuando me ve tan finita y tan sonrosadita le parece imposible que sea capaz de gruñir como un cerdito retozando en el barro. ¡Qué maja, la tía!

—Ve a hacer pipí, que ya te toca.

—¿Qué me toca? —Me temo lo peor y el corazón me palpita con fuerza.

—¡El PET, chiquitina! Rápido al lavabo.

Es verdad, ¡el PET! Intento levantarme pero no acierto la acción y acabo con medio culo levitando sobre el aire radiactivo. Se ve que la quimio ha acabado con casi todas mis neuronas menos una, la que me hace hacer siempre el ridículo, y que al parecer es inmortal.

—Uy, perdona, bonita, es que te he quitado las gafas mientras dormías. —¿Llevo gafas? ¿Desde cuándo? Me las pone torcidas sobre mi nariz con tabique desviado y empiezo a ver en HD.

—¡Venga chiquilla, rápido, al lavabo!

Con prisas a mí ahora, o sea, ella a mí... Tiene huev... Pero eso me lo callo y obedezco como un perrito las órdenes de la reina sin quejarme, no sea que se enfade y decida cortarme la cabeza. Me quito de encima el nórdico blanco. Hace mucho frío. Alguien me comentó una vez que es así porque las máquinas, que están funcionando veinticuatro horas, tienden a recalentarse y podrían explotar en cualquier momento. Pero yo pienso que es una trola y que las bajas temperaturas y la poca ropa que te dan en las pruebas forman parte de una estrategia secreta del Eurogrupo para ahorrar costes haciendo que los enfermos mueran de neumonía. En Bruselas se pasan el día planeando recortes, y quién sabe cómo decidirán recortarte a ti.

Intentando no pisarme los cordones de las deportivas desabrochadas consigo llegar al baño. Es pequeño y blanco, como todo lo demás. Me obligo a mí misma a hacer un pis tembloroso y luego me lavo las manos a conciencia.

Me miro al espejo. Me cuesta tanto reconocerme con mi nuevo aspecto sexi. De mutante. Sigo siendo humana, por desgracia. El líquido rosa que ha recorrido puntualmente mis venas cada quince días no me ha proporcionado superpoderes. Ni un ojo de más, creo.

Sí, todavía tengo (solo) dos ojos, dos cejas, una boca, una nariz, dos orejas y algunos cabellos. *Yes*, habiendo hecho quimio tengo PELO. Además tengo otra cosa: dos tetas bien puestas. Muy bien puestas.

Los ojos siguen siendo marrones y almendrados como antes... pero las pestañas han desaparecido y eso les da un aire entre japonés y fumeta.

Las cejas siguen en su sitio y encima ya ni me las tengo que depilar.

La boca, que gracias a Dios sigue siendo una, continúa carnosa y rosa, pero los labios se me han hinchado bastante y empiezo a parecerme a una de esas señoras ricas que se los rellenan con bótox.

La nariz no ha cambiado, que mira que ya podría haberlo hecho porque con lo superfea que es, hace que parezca la hija mestiza de un loro y un avestruz.

Las orejas han resurgido, muy perfectas, ahora que no hay una cabellera larga y densa que las cubra. Todo el mundo las adula y ellas, claro, se lo creen.

Y sí, tengo pelo. Habiendo hecho quimioterapia tengo pelo, cabello, *hair*. Un pelo corto y débil y quemado y horrible de la muerte, como de pollo. Pero es pelo, y donde hay pelo hay alegría, ¿no?

Y tengo dos tetas bien puestas. Más pequeñas, seamos sinceros. Pero bien puestas.

Salgo del baño y vuelvo a la salita. Ángeles me ha dejado allí un gorrito verde y dos bolsitas del mismo tono para ponérmelas en los pies encima de los calcetines.

Es mi turno. La máquina me recuerda a los hornos crematorios de los campos de exterminio nazi. Me tumbo encima de la placa metálica congelada. Ángeles me tapa con el edredón y, no sé cómo, otra vez me quito las gafas y mi mundo vuelve a ser un sueño borroso. Me envuelve, siguiendo el método crisálida, con el nórdico blanco y se marcha a la zona de control.

Pasan unos segundos y oigo su voz a través del micrófono, como en los supermercados. Empezamos. Pero no te muevas. Ni un centímetro. El ruido del reactor me recuerda al que hacen los aviones de Vueling al despegar. Todo se activa. La piel se electriza. La placa debajo de mi espalda me arrastra hacia el monstruo que me espera con la boca abierta. Primero me engulle rápido. Después me saborea por partes. Sobre mis ojos, cientos de imanes giran como pequeñas norias montadas por pulgas. No me tengo que mover. Me pica la nariz. Me pica el pie. Me pica la barriga. Tengo tos. Me tiemblan las manos. No veo nada. Los segundos no avanzan.

¿El tumor seguirá en su lugar o me habrá hecho el favor de irse antes de tiempo? ¿Cómo verá Ángeles mis músculos a través de la pantalla? ¿Los tendré bonitos?

Y los tendones y los órganos de colores y el cerebro, que es como amarillo y que se me ha atrofiado, y el corazón, que es como gris y que también se me ha atrofiado, y los cabellos castaños, que son pequeñas fibras llenas de bacterias que vuelan alto, lejos y que eran bonitos y brillantes... de princesa.